

2: La Voluntad del Pistolero - Gunsoul

- 2: La Voluntad del Pistolero - Gunsoul

2: La Voluntad del Pistolero - Gunsoul

Hace cincuenta años, la Bailarina del Espiral ascendió al cielo tras completar su Invocación del Trueno; cuarenta y cinco desde que el Comedor del Cielo destruía el mundo en su retirada; y veinte desde que Yuan dio su primer suspiro.

Veinte años de sudor y esfuerzo, solo para acabar enterrado en el fondo de una zanja en medio de la nada. Al menos, su asesino le construyó una tumba antes de ofrecerle los rituales fúnebres y las sutras.

Qué mundo en el que vivían. Los asesinos ofrecían funerales a sus víctimas para que no regresaran a atormentarlos como fantasmas hambrientos.

¿Quería Yuan volver? La pregunta flotaba en su mente mientras enfrentaba la oscuridad entre la vida y la muerte. Parte de él deseaba vengar a sus amigos caídos y cumplir su última maldición, atormentar a su asesino en forma de espíritu inquieto. Si lograba reunir suficiente voluntad, su fantasma podría perdurar a pesar de las sutras.

¿A quién pretendía engañar? Muerto o no, seguiría siendo un Despojo.

Yuan había aceptado sus límites el día en que comprendió que era uno de los muchos hombres sin potencial para un núcleo de qi. No era algo inusual. La mitad de los habitantes del mundo trabajaban hasta el cansancio sirviendo a los cultivadores. Aquellos que servían a un secta y complacían a sus ancianos podrían incluso recibir una píldora espiritual imborrable que les permitiera formar un núcleo.

Esa esperanza la tuvo Yuan cuando trabajaba para los Piel de Piedra, antes de entender lo poco que eran sus perspectivas en realidad. La mayoría de las sectas usaban sus escasas píldoras para ayudar a los discípulos de la Segunda Ronda a ascender a la Tercera. ¿Para qué desperdiciarlas en un deplorable sin potencial para cultivar solo? Los ancianos solo elevaban a los Despojos cuando ataques ocasionales de bestias espirituales o saqueos de bandidos cobraban demasiadas vidas de discípulos. La única vez que sucedió en una secta en la que Yuan colaboraba, sus ancianos prefirieron a los niños locales en lugar de a él. Los cultivadores progresaban mejor cuanto más jóvenes se entrenaban, y Yuan ya había pasado los veinte. Demasiado viejo, decían los ancianos. Demasiado viejo.

Al menos, en esa secta conoció a Mingxia y a Jaw-Long.

Así, se convirtió en un mensajero. Pasó años transportando paquetes por el yermo, con la esperanza de reunir suficiente dinero para comprar una píldora o llamar la atención de algún Anciano. Entonces, podría demostrarle al mundo de qué estaba realmente hecho.

Su sueño terminó, como tantos otros, en la desilusión.

¿Es este el Nirvana? Yuan reflexionó. Apenas podía sentir sus extremidades. Su pulso se había detenido y sus pulmones permanecían quietos. Su mente caía lentamente en una oscuridad total. Es casi pacífico.

Los que regresaron de la muerte antes de la reencarnación describieron el Nirvana como un vacío en el que caían los muertos hasta encontrar su nuevo ser. Quienes cometieron grandes pecados sufrían en pieles inútiles. Quizá Yuan había cometido un crimen en una vida pasada para nacer Despojo. Solo podía esperar reencarnarse como cultivador. Ese era su deseo más sincero.

Estaba cansado de ser débil.

Y ese hombre enmascarado... cuánto daría por bajar su pistola y silenciar a ese idiota...

Yuan había dedicado la mitad de su vida a la maestría con el arma de fuego, solo para que su arte fuera ridiculizado. Lo aprendió cuando la actitud de las Primer y Segunda Rondas empezó a ponerlo de los nervios en la secta Piel de Piedra, especialmente la primera. Nada irritaba más a Yuan que jóvenes de su misma edad menospreciándolo. Creían que su falta de núcleo significaba que no podía matarlos.

La mayor parte de ellos también estaban equivocados. Yuan había eliminado en el pasado a los saqueadores del Primer y Segundo Caracol. Su piel todavía era suave en esa etapa, y pocos podían esquivar un proyectil a quemarropa. Las armas le habían otorgado a Yuan lo que siempre había anhelado: poder. Poder escaso, pero poder al fin y al cabo.

—¡Ojalá existieran balas capaces de atravesar a los Inmortales... si tan solo tuviera una, Yuan seguiría esa estela de filo por todo el Mundo No Conocido y le dispararía tres veces en la cabeza; una para Jaw-Long, otra para Mingxia, y la última para sí mismo.

Un latido metálico rompió el silencio.

El estruendo repentino fue suficiente para despertar a Yuan de su letargo. Concentró su atención en la fuente del sonido, afinando su mente para percibirlo mejor. Miró en su interior, a un fragmento de metal frío clavado en su cuerpo.

La bala.

Yuan podía sentir la bala que lo había matado profundamente en su carne. Un núcleo de plomo y acero en una cubierta de carne y hueso. Latía como un corazón. Con vida.

¿Qué estaba sucediendo? Yuan centró su atención en la bala y percibió cómo irradiaba poder. Una oleada de energía emergía de ella. Transportaba un aroma acre a pólvora, mezclado con el olor

metálico al aceite y el aroma quemado de un arma descargada. A Yuan le agradaba.

¿Era esto... qi?

Yuan nunca había manejado qi. Ningún Invento podía detectarlo en absoluto. Tampoco recordaba que algún cultivador mencionara que oliera a armas de fuego. Pero, en definitiva, se suponía que podía manifestarse en múltiples formas.

Sea lo que fuera esa energía, Yuan la sintió extenderse por todo su cuerpo. Comenzó a percibir cómo sus extremidades respondían a sus pensamientos una vez más. Una ola de calidez recorrió sus venas. Yuan la reconoció de inmediato.

El pulso de la vida.

Aprovechando la oportunidad, Yuan centró su atención en la bala. Cuanto más lo hacía, más la conocía, más fuerte era su latido de hierro y las ondas que emitía. Llenaba su carne, la fortalecía y lo potenciaba. Sus dedos entumecidos se movieron ligeramente.

Vio una luz al final del cañón. Se lanzó con todas sus fuerzas tras esa figura fugitiva.

Entonces, vio a un monstruo al otro lado.

Yuan vislumbró una abominación grotesca de carne y metal retorcido. Su forma recordaba vagamente a una parodia delgada y aterradora de un humano, un torbellino de huesos carbonizados y tendones fusionados con gigantescos cañones de acero que sobresalían de su espalda, como los apéndices de una araña. Sus brazos terminaban en cañones monstruosos que exhalaban humo y vapores sanguinolentos.

Bloqueó el camino de regreso a la luz.

La voluntad de Yuan vaciló brevemente. Cualquiera que fuera esa entidad, podía sentir su abrumadora potencia. La superaba en malicia a la de su propio asesino.

Pero, entre la certeza de la muerte y la posibilidad de una nueva vida, Yuan sabía qué escoger. Sin temor, avanzó tras la luz, listo para defender su postura contra ese demonio si fuese necesario.

El monstruo abrió la boca, revelando mandíbulas llenas de dientes como culatas de arma.

—Mátame —dijo con una voz potente como el estruendo de un disparo—. Si puedes.

Un disparo resonó en su cráneo, y Yuan Guang volvió a la vida.

Su cabeza emergió de una zanja superficial, junto con la mayor parte de su pecho, enviando tierra volando en todas direcciones. Sus pulmones buscaban aire, pero cuando exhaló, su respiración olía a pólvora. El anillo planetario brillaba en un azul intenso en medio de un mar de amarillo. Era de día otra vez.

¿Cuánto tiempo había permanecido en esa tumba durmiendo?

¿Cómo había logrado sobrevivir? La criatura... ¿dónde estaba aquella criatura?

No podía concentrarse en nada con aquel insoportable dolor de cabeza. La mano de Yuan se movió instintivamente hacia su frente, solo para sentir un parche de metal en medio de su piel. La bala estaba inmovilizada en su cráneo, una corona de hierro rodeada de venas de plomo. Latía con mayor intensidad que su propio pulso.

¿Qué... qué significaba aquello? ¿El cultivador que lo atacó habrá hechizado su bala? ¿O acaso Yuan había regresado como un fantasma hambriento de alguna manera?

El sonido de una motocicleta que venía detrás suyo lo sacó de sus pensamientos. Yuan giró instintivamente la cabeza justo a tiempo para ver a un motociclista salir detrás de su zanja y detenerse a su lado.

La moto era una de las más extrañas que había visto; un colosal peso de acero con ruedas de fuego sin humo. El piloto no era menos intimidante; una especie de desesperado vestido con un saco negro, botas y guantes pesados, con una soga de ejecuciones como bufanda. Llevaba un casco estilizado como un cráneo blanco, y en él, un sombrero redondo. Yuan no podía ver sus ojos tras las lentes oscuras, pero le preocupaban más las revólveres que colgaban de su cinturón.

Por un momento, Yuan temió que aquel recién llegado pudiera ser uno de los merodeadores que lo habían atacado. En lugar de devolverlo a su descanso en la tierra, el desconocido bajó la cabeza y inclinó su sombrero.

“Despierta, Alma de Pistola,” dijo con una voz profunda y resonante. “Un hijo del Pistolero no pertenece a una zanja.”

Le ofreció su mano a Yuan, quien la miró dudoso y confundido.

“¿Quién eres tú?” le preguntó al extraño.

“Revolver. Un Alma de Pistola como tú. Un hombre en el Camino de la Pistolera.” Sus palabras no tenían sentido, pero Yuan no percibía hostilidad en él. “El Pistolero recompensó tu dedicación a la venganza y las armas con una mitad de vida. Valórala. No tendrás otra.”

¿El Pistolero? ¿Hablaba del ser que Yuan vio en el No-Lugar? Las palabras del motociclista parecían poco lógicas, pero al menos Yuan comprendía la esencia: algo lo había traído de regreso de la muerte.

“La mitad de vida todavía es una vida,” se dijo Yuan mientras aceptaba la mano de Revolver. Su apretón fue fuerte y decidido.

“Ahora lo entiendes,” dijo Revolver al sacarlo de la zanja. “Felicidades, por cierto. Acabas de activar y pasar por la Primera Bobina.”

“¿La Primera Bobina?” O el hombre estaba equivocado o el mundo se había vuelto loco mientras Yuan dormía. “No puedo haber pasado la Primera Bobina. Soy un Rastro, no tengo núcleo.”

“¿Núcleo?”

Revolver se rió y señaló la bala incrustada en la cara de Yuan.

“Esa es tu núcleo, amigo,” dijo el motociclista. “La fuente y la solución de todos tus problemas.”